

ENCUESTA

# NARRATIVA Y MEMORIA

Responden Carme Riera, Javier Cercas y Alfons Cervera

Quimera sometió a breve cuestionario a tres narradores totalmente heterogéneos cuyo único punto en común probablemente sea haber escrito, en más de una ocasión, historias que tienen

que ver con la llamada memoria histórica. Sus respuestas dejan constancia no sólo de la diversidad de sus posturas sino también de la común necesidad de poner el dedo en la llaga del pasado

*1.- ¿Por qué el exceso de memoria? ¿Es la narrativa en este comienzo de siglo fundamentalmente nostálgica?*

**Carme Riera:** Porque la Transición supuso la amnesia colectiva y aunque quizá el paso del franquismo a la democracia no hubiera podido hacerse de otro modo, ahora que ésta parece consolidada, quizá es el momento de recuperar aquello a lo que tuvimos que renunciar.

*¿Es la narrativa en este comienzo de siglo fundamentalmente nostálgica? Creo que no; en general, no me lo parece.*

**Javier Cercas:** No creo que la memoria sea siempre nostálgica. De hecho, no me interesa la nostalgia, pero la memoria no puede no interesarme, porque es uno de los instrumentos esenciales con que trabaja un escritor. Sin memoria no hay escritura; es más: sin memoria no hay nada (o nada humano), porque somos esencialmente memoria. Así que no creo que pueda haber, al menos para un escritor, exceso de memoria: para un escritor la memoria siempre es poca. En cuanto a la narrativa española de este comienzo de siglo, no la sigo lo suficiente como para poder opinar.

**Alfons Cervera:** No sé si hay un exceso de memoria. Seguramente sí, en tanto que la avalancha de productos memorialistas –hasta tenemos ya una ley que intenta ordenar, malamente según mi opinión, tanta profusión divulgadora– lo que consigue es abundar en la confusión. En cualquier caso, la memoria y la nostalgia son conceptos y contenidos distintos, incluso yo diría que enemigos. La nostalgia es complaciente, nos aísla de la complejidad y las contradicciones del pasado, lo embellece a la hora de incorporar ese pasado al presente de lo que nos pasa. La memoria –al menos, entre tantas memorias posibles la que a mí más me interesa– te deja con el culo al aire, no te complace en absoluto porque regresar al tiempo del horror –¿no lo fueron acaso la guerra civil y esa dictadura que con tanta frecuencia se olvida en esta recuperación de la memoria que, dicho sea de paso, no sé por qué se llama histórica?– no puede resultar gratificante para nadie, ni a la hora de ser revisitado por sus propios protagonistas, ni a la hora de escribirlo. Y sí, volviendo al principio: seguramente hay un exceso de memoria y es como si este país hubiera pasado de la noche a la mañana de ser un país de ciegos, mudos y olvidadizos a acumular tanta memoria y de tantas clases que no cabe ni en todos los discos duros de Silicon Valley.

*2.- ¿Trata la literatura de resolver lo que la política no pudo, o no supo, hacer durante la Transición?*

**Carme Riera:** No sé. Quizá simplemente trata de mostrar aspectos que la política marginó.

**Javier Cercas:** En absoluto. Y si lo hace (o si pretende hacerlo) malo: no hay literatura digna de tal nombre que no sea política –incluyo por supuesto la literatura fantástica–, pero eso no significa que deba desempeñar la función que desempeña la política, ni sustituir o enmendar la política. La literatura interviene en los asuntos de la polis, pero de una forma menos aparatosa, más sutil y, en algunos casos –en los mejores casos–, más eficaz de lo que lo hace la política. La política pretende cambiar el mundo; la literatura pretende sólo cambiar la percepción del mundo del lector: esa es precisamente su forma de cambiar el mundo. ¿Qué es lo que la política no supo hacer durante la Transición? Entre otras cosas, no supo (o no pudo o no quiso) hacer justicia. La literatura no puede hacer justicia (o sólo puede hacer una justicia poética), pero debe contar la verdad: esa es su forma de hacer justicia.

**Alfons Cervera:** No debería ser así. Las literaturas –la que supone el relato de la historia y la que arranca desde la ficción– tienen una labor que cumplir y es la de contar, cada una con sus materiales y estrategias narrativas, lo que fue aquel tiempo. La Transición fue embellecida hasta límites exagerados y ahora se trata, precisamente y desde la oficialidad política e intelectual, de regresar a aquel espíritu de consenso que fue la base de una política de pactos que tiene, al día de hoy, tantos defensores como detractores. La recuperación de la memoria adquiere hoy perfiles y protagonistas muy parecidos a los que envolvían entonces los propios acontecimientos históricos que hoy ponemos en la picota del recuerdo: una derecha que vuelve a su cerrilismo de siempre y a resucitar la vocación salvapatrias del levantamiento fascista; una izquierda que arriesga una versión crítica del consenso (ese consenso que asegura que hubo de todo en las dos partes, la republicana y la fascista: eso es una absoluta trivialidad, por el injusto y sobre todo insuficiente acercamiento que supone a los datos. Y además: ¿qué pasa con la dictadura, dónde colocamos a la bicha en la hora de las reflexiones?); y en tercer lugar, una izquierda que a la hora de afrontar el proceso de recuperación de la memoria defiende a

machamartillo el espíritu de la Transición. Es esta última la mejor manera –dicen algunos– de conseguir un país tranquilo, reconciliados unos con otros y con los de más allá. Es ésta última la versión más tranquilizadora de la memoria a la que me refería en el primer apartado, la menos traumática. Como si los traumas no formaran parte de la historia individual y colectiva de un país. Nosotros somos luces y sombras y la historia también lo es. Y hay que asumirla en toda su grandeza precisamente desde esa vocación por el insomnio que mantienen viva algunas éticas de la disidencia.

3.– *¿Compensa la literatura con la emoción humana lo que la historia sólo expresa a través de la frialdad de los datos y tendencias?*

**Carme Riera:** Sí y no sólo eso, complementa la historia al reinterpretarla.

**Javier Cercas:** No estoy seguro. La literatura y la historia son en cierto sentido complementarias, precisamente porque son opuestas: la historia busca la verdad de los hechos; la literatura, la verdad moral: una verdad que no aspira a ser concreta, sino universal. Esto lo dijo Aristóteles, y queda dicho para siempre (por cierto: añadió que por ese carácter universal la literatura era superior a la historia). Por eso yo no creo en la novela histórica, marbete que contiene un oxímoron: si es novela, no es historia; si es historia, no es novela. Además, los buenos historiadores, que son los que usan la imaginación, siempre son capaces de hacer revivir el pasado, y también la emoción del pasado. Lo cual no significa que el novelista no pueda usar los materiales exuberantes de la historia, igual que el historiador usa a veces los materiales de la novela. La literatura puede jugar a confundir las fronteras entre ficción e historia, pero siempre que no ignore dónde empieza una y dónde acaba la otra, cosa que no siempre es fácil.

**Alfons Cervera:** Pero es que la historia no se expresa ni expresa nada desde la frialdad. Eso, quizá, se pensaba antes, cuando el historiador se pretendía un alquimista del lenguaje pulcro e inocente, distanciado de cualquier veleidad subjetiva a la hora de acercarse a la investigación y análisis de los hechos. Eso ya no cuela. Lo dijo bien claro ese magnífico historiador que es Julián Casanova: “el conocimiento histórico no puede ser políticamente neutral”. Particularmente tampoco me interesa demasiado ninguna escritura que haga de la emoción –sólo de la emoción– su estrategia de convencimiento. Las emociones que te acongojan abruptamente te dejan sin respiración y trampean el camino hacia una reflexión sin ataduras de ninguna clase. Por eso creo, aunque esto escandalice a los cultivadores de la historia más irreductiblemente gremialistas, que las distancias entre el relato de la historia y el de la ficción se muestran cada vez más cercanos, menos dados a pelearse por la jerarquía.

4.– *¿Por qué la memoria en su obra? ¿Por qué la presencia del pasado? ¿Por qué sus personajes se sienten fascinados, quizás atrapados, por su ligazón con el pasado?*

**Carme Riera:** No es la primera vez que en mis libros trato de lo que hoy se viene en llamar memoria histórica. Quizá incluso es una constante en mi obra más reciente, desde *En el último azul* (1996)

(*Dins el darrer blau* 1994), hasta *La mitad del alma* (2005) (*La meitat de l'ànima* 2004), pasando *Por el cielo y más allá*. En mi caso, la literatura es un pretexto para contestarme a preguntas que me remiten al pasado. Conocer las causas que todavía hoy en Mallorca marginan a los judíos conversos me llevó a interesarme por su historia y a sentir la necesidad de tener que investigar los orígenes de las humillaciones que padecieron. Sólo en *La mitad del alma* la protagonista se siente atrapada por la necesidad de conocer el pasado de su madre ya que únicamente así podrá descubrir su identidad.

**Javier Cercas:** No soy la persona más indicada para contestar esas preguntas, pero yo diría que el pasado está en mis novelas, cuando está, porque el pasado es el presente: porque estamos fabricados con él. Nadie vive fuera del tiempo, y la única forma tangible del tiempo es el pasado: el presente apenas existe –basta mencionarlo para que se convierta en pasado– y el futuro es mera conjetura, mientras que el pasado está siempre ahí, pero no quieto ni inmóvil sino en permanente ebullición, siempre actuando sobre nosotros, modificando el presente, construyéndonos –y también destruyéndonos. Por eso, en cierto sentido escribir –incluso si se escribe sobre el futuro– es escribir desde el pasado. Y con el pasado.

**Alfons Cervera:** Creo que fue Primo Levi quien dijo que recordar es un deber, y un día u otro ese deber acaba inyectándose en vena. Cierzo que hay que asumir eso con todas las cautelas que se quiera –ya corrigió Walter Benjamín que el recuerdo no da derecho a construir una biografía–, pero es bueno desbrozar más pronto o más tarde las trochas complejas de la memoria. A mí me sucedió después de publicar *Nos veremos en París, seguramente una historia de amor y muerte* (1993), una de mis novelas que más quiero. Tuve la sensación de que necesitaba cambiar de registro, de un registro que privilegiaba hasta entonces el cómo contar una historia al qué historia quería contar. La presencia del pasado en mis novelas es fuerte en la medida que me interesa, y tanto, para que el presente sea menos canalla y quebradizo de lo que algunos quisieran. Olvidar es la mejor cirugía para que no cicatricen nunca las barrabasadas sufridas por la historia última o penúltima de nuestro país. Sobre todo sufridas, claro, por quienes resultaron perdedores en su cuenta de resultados. Volvemos, así, a lo que decíamos antes sobre la nostalgia y esos usos fraudulentos que la política y bastantes versiones intelectuales excesivamente tranquilizadoras hacen del pasado. De ahí que mis personajes se nieguen a la impasibilidad, a asumir por narices que todos somos merecedores de una cierta piedad compensatoria. Se ha dicho hasta la saciedad que los escritores robamos la voz a los auténticos protagonistas de la historia y eso no es verdad. Uno elige qué personajes quiere para sus novelas. Y los míos quieren hablar, quieren resucitar sus razones frente a la claudicación y los desmanes del olvido, las que los mantuvo vivos en los años de exilio, de miedo durante la resistencia y en la clandestinidad antifranquista, esas razones que, al cabo, serán las que apuntalen una necesidad casi intransigente de recordar cuanto más mejor, y digo cuanto más mejor porque es imposible –entre otras cosas por la condición selectiva de la memoria– recordarlo todo.